

Primicias de una confesión

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MANUEL DÍEZ - ALEGRÍA (*)

Desde hace algún tiempo vengo redactando unas notas sobre acontecimientos en los que he participado, tal vez con el propósito lejano de completar unas Memorias.

En el presente curso académico se ha tratado por algunos compañeros de visitas a países de régimen comunista y como el capítulo referente a la mía a Rumania, que sirvió de pretexto para terminar abruptamente mi carrera, me pareció podría resultar interesante su exposición aquí.

Animado por la benevolencia de nuestro Presidente, me permito hacerlo a continuación, con el deseo de que satisfaga a mis compañeros, cuyo juicio tanto estimo, al poner en claro un acontecimiento que hasta ahora ha resultado propicio a la confusión.

La noticia de mi cese en la jefatura del Alto Estado Mayor en 1974 era sensacional, porque faltaba para explicarla una motivación inmediata y suficiente. Nadie podía acusarme de una actuación contraria al régimen político imperante, ni de servir a alguno de los movimientos que apuntaban a su reforma, ni mucho menos a las conspiraciones, bastante inocuas por cierto, de la oposición clandestina. Cualquiera que fuesen mis ideas, que nunca hice públicas, mi postura, como correspondía a un soldado leal, era absolutamente apolítica.

No obstante lo cual, y tal vez por ello mismo, yo era malquisto para los turiferarios de la situación, en parte para cumplir su papel de figurantes de aquellos

(*) Disertación en Junta del martes, 19 de junio de 1984.

coros, en parte también, y muy principalmente para los militares de alto rango que en ellos se integraban, por lo inesperado de mi encumbramiento a puestos elevados en mi carrera, que yo nunca busqué y que hasta traté de evitar. Todos estos elementos se apuntaron en mi contra en una conjura que no obtuvo resultados útiles para sus fines. En ese momento de fracaso, un acontecimiento fortuito vino a proporcionarles el pretexto tras el que andaban y alevosamente lo utilizaron. Este fue un viaje mío oficioso a Rumania que, convenientemente distorsionado, les sirvió confusamente para sus fines.

A pesar de mis aficiones viajeras nunca había visitado ningún país “socialista”, ni siquiera otros que en su política simpatizaban abiertamente con Moscú, como fueron Siria o Irak, no obstante haber recibido de ellos las oportunas invitaciones. Por aquella época me encontré en un acto social con un diplomático rumano, Loghin, que había desempeñado durante cierto tiempo la jefatura de la delegación comercial que habían establecido en España. Este me dijo que aunque teóricamente venía a inspeccionar la labor de la misma, el verdadero cometido que le había encargado el Presidente Ceausescu era el de contactar conmigo para invitarme a tener con él una entrevista. Atónito, le contesté que no comprendía qué clase de entrevista podía desear tener conmigo el primate rumano, a lo que me respondió que quería hablarme sobre las relaciones con España (puramente comerciales en el momento, como le hice notar) y en último término, un cambio de impresiones generales. Le dije que la resolución del asunto correspondía a la Superioridad y le pregunté cuándo pensaba marcharse para poder contestarle antes; él me explicó que estaría en Madrid hasta que yo le respondiera, puesto que el objeto de su viaje era, en realidad, sólo ése.

Lo antes posible puse todo ello en conocimiento del Presidente Arias, el cual, como era lógico, respondió que si el rumano quería hablar conmigo, habría que ir a ver qué tenía que decirme, que hiciera el viaje con carácter privado y ostensiblemente con fines de puro turismo. Integraron conmigo un pequeño grupo: Maruja, esposa del segundo Jefe del Alto Estado Mayor, Vara de Rey; la mía y Sergio Araújo, uno de mis ayudantes.

Llegado el momento hicimos el viaje en un avión de las líneas rumanas y al llegar a Bucarest fui recibido por un ministro sin cartera, el señor Minhai Giorghiu, director de la Academia de Ciencias Sociales y Políticas rumana —homóloga de la nuestra de Ciencias Morales y Políticas a la que yo pertenecía—, acompañado por su esposa. Fuimos alojados en una residencia del Gobierno que calculé situada al norte de la capital, en las orillas del lago Herastrau. La residencia era bastante lujosa y estaba rodeada de un hermoso jardín, pero dada la hora de nuestra llegada nos limitamos a despedirnos de los acompañantes,

cenar y acostarnos. A la mañana siguiente recorrimos el parque bordeando el lago, comprobando que estaba rodeado de un muro elevado con centinelas a lo largo del recinto.

Partimos de allí para dirigirnos directamente en avión a Suceava, la capital de la Bucovina del Sur, donde nos alojamos en una residencia gubernamental situada en una altura que domina la ciudad y de construcción moderna, muy espaciosa y confortable. Permanecemos allí dos días en los que visitamos la capital y efectuamos una interesantísima e inolvidable excursión, para recorrer algunos de los monasterios moldavos, completada con un paseo por la cercana montaña, una de las estaciones de caza del país.

Suceava es una ciudad moderna, muy uniforme en su arquitectura, con una hermosa plaza principal, la de la República, cuyo centro ocupa la Casa de la Cultura con salones para conferencias o espectáculos, aulas, bibliotecas y, sobre todo, instalaciones deportivas bastante completas; en ella estaba ubicado una especie de bazar oficial realmente muy pobre en cuanto a ofertas, por lo que podía deducirse de sus escaparates. Sólo visitamos además en la capital la antigua ciudadela del siglo XVI, en ruinas como consecuencia de haber sido volada por los turcos durante su dominio del país y que estaba siendo reconstruida en aquellos años. Consta de un recinto central, más antiguo, con los restos de una torre del homenaje, rodeado por una muralla fuerte, algo más baja y con cubos para colocar la artillería; ciñe el conjunto un foso cuya contraescarpa también está fortificada. La vista desde allí de la ciudad y de los bosques que la rodean es muy hermosa.

Fuera del motivo político, resultó inolvidable y constituyó lo esencial de nuestro viaje el recorrido de los monasterios moldavos. Todos ellos vienen a tener la misma configuración: una iglesia exenta, situada en un valle dentro de un amplio cuadrilátero rodeado de fuertes muros en los que se sitúa el convento propiamente dicho, con torres en los ángulos y sobre la única puerta, que pudieron constituir una eficaz defensa. Como es sabido, son estas iglesias verdaderas joyas de arte. Destinadas en su momento a una masa popular analfabeta, en sus muros divididos en rectángulos se representan, con muy vivos colores y un precioso diseño, escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento que venían a ilustrar por la imagen a los que no eran capaces de encontrar la narración en los libros. Esas pinturas se conservan en magnífico estado, con excepción, tal vez, de las de la fachada norte, más castigada por los elementos, y dentro de su devota ingenuidad, reflejan también algunas escenas de los tiempos en que fueron hechas; el enemigo de los israelitas, sea cual sea su identidad, está representado por turcos y en algunas se incluyen, dándoles carácter milagroso, escenas de la historia entonces más reciente.

Salimos de Suceava en coche pasando por Radaupi, en donde se sitúa una importante industria artesana de cerámica negra, para llegar en primer lugar al Monasterio de Suçevitsa, que responde exactamente al plan descrito. Este monumento, el más ricamente adornado de Rumania, que guarda la tumba de San Juan el Nuevo y cierra el período clásico del arte moldavo, fue construido a finales del siglo xvi y pintado por artistas versados en el arte de los iconos. Sus murales, a más de las clásicas representaciones bíblicas, entre las que sobresale la gran pintura del Juicio Final, atienden a la exaltación de la ortodoxia (concilios de Efeso y Calcedonia), completándose con numerosas representaciones votivas y retratos referentes a la dinastía moldava que lo construyó. El cenobio es de gran belleza y su situación en el valle del río de su mismo nombre rodeado de bosques integra un paisaje difícil de encomiar como se merece. Fuimos recibidos por la comunidad de monjas —vistiendo su hábito, severo pero gracioso, con una toca pintoresca—, las cuales muy atentamente nos ofrecieron uno de los aperitivos que resultarían típicos por repetirse idéntico en todas partes: algunos embutidos, encurtidos y frutos secos, rociados con *tzuica*, una especie de aguardiente áspero de ciruelas, todo ello productos nacionales.

Rebasando un collado en el macizo del Raran, estribación de los Cárpatos, en el que se levanta un extraño monumento de hierro, la Mano del Valiente, representando una gigantesca extendida hacia el cielo, llegamos algunos kilómetros después al Monasterio de Moldovitsa. Más antiguo que el anterior, construido en el primer tercio del siglo xvi, es también menos pintoresco en cuanto al paisaje. Sus pinturas, en las que domina el color rojo castaño, muestran escenas análogas a las de Suçevitsa y algunas nuevas como las que —más de un siglo después del acontecimiento, mostrando así el profundo impacto causado por el mismo en el alma popular— representan el sitio de Constantinopla por los turcos. Muy notables son los retratos tan humanizados del voyvoda donante y su familia, vestidos con trajes bizantinos. En el momento de nuestra llegada, una de las monjas estaba llamando a misa, lo cual se hace, no empleando campanas, proscritas durante la dominación otomana, sino golpeando con un martillo una larga tabla. Rodea a la iglesia, como es habitual, un recinto cuadrangular dentro del cual se encuentra un pintoresco pozo y la hospedería en la cual fuimos recibidos.

En éste, como en el anteriormente citado y en los demás monasterios a los que se nos llevó, figura en lugar destacado una gran fotografía del Presidente Ceauscescu. Alguno de nosotros preguntó a una monja la razón por la que esa efígie estaba allí exhibida y la respuesta fue que puesto que el susodicho presidente hacía mucho por la comunidad, permitiéndoles vestir sus hábitos y cumplir sus ritos, al menos debían corresponderle rezando por él. Son notables algunos muebles originarios del siglo xvi. Se nos sirvió, a continuación, un almuerzo

modesto, al que concurrimos todos los miembros de la expedición, incluidos los jerarcas comunistas. Al comenzar el ágape, que ofrecían la Superiora de la Comunidad, monja de cierta edad, y la secretaria, una joven doctora en Teología extraordinariamente culta, se disculparon porque ellas no compartían nuestra minuta, ya que su regla les imponía comer tres días a la semana, y este era uno de ellos, solamente hierbas, como así lo hicieron, dejándonos a los españoles bastante absortos.

Tras esta visita continuamos por la pintoresca carretera atravesando una serie de pueblos en alguno de los cuales, al pasar frente a la iglesia, pudimos apreciar una gran cantidad de gente que de la misma salía. Alcanzamos al fin el tercero de los templos moldavos que comprendía la visita, el antiguo monasterio de Voronets, construido a fines del siglo xv. Presenta éste alguna diferencia con los anteriores: en lugar de estar cuidado por una comunidad de religiosas, está bajo la custodia de algunos popes y, más característico aún, carece de recinto amurallado que le proteja, estando la iglesia situada casi en el bonito pueblo de su mismo nombre, entre bosques de abetos y encinas y las casitas blancas con balcones floridos.

Como los dos anteriores, tiene sus muros completamente cubiertos de pinturas entre las que domina el color que le ha merecido el nombre de “maravilla azul”, fondo sobre el que se muestran escenas de motivos análogos, pero tal vez de composición más audaz y más conseguida que en los otros. Pintado sobre la fachada oeste, que de modo expreso carece de salientes y de ventanas constituyendo un muro liso, se desarrolla una composición característica e interesante del Juicio Final que ha merecido a este templo el calificativo de Sixtina de Oriente. Una maravillosa superposición de figuras, en las que destaca idealizada la corte celestial, los elegidos vistiendo trajes moldavos, mientras los condenados aparecen con figuras de turcos o tártaros y se introduce una nota de humor en la caricaturesca figura de los diablos que en bandadas se disputan las almas de los réprobos.

Aún antes de volver a Suceava fuimos conducidos a la Casa de la Cultura de un pueblo próximo donde, tras visitarla —una reducción de la ya vista en la capital moldava—, asistimos a una serie de representaciones folclóricas a cargo de jóvenes vestidos al uso del país, muy pintorescas y animadas. No era difícil distinguir que los ejecutantes y el público que asistía a la representación eran bien diferentes de los que habíamos visto salir de las iglesias durante nuestro recorrido. Aunque no estaba en el programa, a la mañana siguiente se empeñó la Sra. Giorghiu en que visitáramos el monasterio Dragomirna, próximo a Suceava, en el cual había sido ella educada de niña. Fue una iniciativa afortunada, puesto que tal cenobio era diferente en muchos puntos de lo que habíamos

visto. Desaparecían aquí las pinturas exteriores y quedaba al desnudo la arquitectura, lo cual no hacía disminuir, tal vez al contrario, la valía del monumento. Volvíamos a la iglesia exenta, rodeada por el recinto amurallado cuadrangular con torres en las esquinas que habíamos visto el día anterior. Las líneas eran más puras, la ornamentación se basaba en elementos arquitecturales, destacando el tejado, hermosamente alabeado, y la torre de la iglesia que, aunque de lejos, recordaba los motivos mudéjares de las de Teruel. El monumento, más tardío, de principios del xvii, marca el fin de una época o el inicio de la siguiente. No era menos atractivo el paisaje; situado a la orilla de un lago, en un lugar extraordinariamente tranquilo, y completado por una pequeña ermita en el cementerio monacal situado fuera del recinto, constituía un lugar tan bello y sosegado que apetecía reposar allí.

Nos dirigimos hacia las estribaciones de los Cárpatos, atravesando primero una pintoresca aldea en la cual nos detuvimos en una casa campesina donde tenían un osezo no domesticado, pero acostumbrado a la compañía de los aldeanos que allí moraban. A cierta distancia, pues el animal era de respetable tamaño, presenciamos sus juegos y cabriolas verdaderamente graciosos y que nos hicieron reír durante un rato. A partir de aquí, nos adentramos en la selva cerrada que formaban altos y hermosos árboles. Llegamos así a un reducido calvero en el que se encontraba una bonita construcción de leños, la Casa del cazador, reservada, como todo lo que íbamos viendo, a partidarios, invitados o turistas. Muy cerca, en una jaula de tamaño adecuado, se guardaba un oso macho adulto de considerable tamaño; impresionaba verle en pie, con una altura que andaría por encima de los dos metros y medio. Invitado a darle con la mano alguna baya silvestre, lo hice con cierta aprensión, sosteniéndola en la punta de los dedos, pero el animal alargó gentilmente el hocico para tomarla con los labios, aumentando así la simpatía con que lo miraba.

Tras una merienda en el local antes citado, regresamos a Suceava donde por la noche nos llevaron a cenar a un restaurante típico, bastante atractivo, en el que durante la comida presenciamos una serie de danzas populares moldavas. El público que llenaba la sala tenía el mismo aspecto que el que nos acompañaba y habíamos visto ya, por ejemplo, la tarde anterior. Por cierto que ocurrió un pequeño incidente; uno de los comensales, situado en otra mesa, empezó a protestar por las ostensibles preferencias que se dispensaban a nuestro grupo; fue expulsado del local, pequeña corrección que demostraba su cualidad de simpatizante.

A la mañana siguiente nos trasladamos en avión a la ciudad de Tulcea, pequeño puerto fluvial en el punto en que se separan los tres brazos finales del Danubio que constituyen la región del delta. En un pequeño barco, con nuestra

inevitable escolta y un pequeño grupo de funcionarios y obreros, enfilamos el brazo de San Jorge, el más poblado del lado rumano; por estribor quedaban unas tierras altas y bastante secas en las que se suceden una serie de pueblos y que constituyen una región cultivada donde abundan las aves de tipo doméstico, entre las que destacan las curiosas ocas rizadas, más bien de adorno. En cambio, por babor, donde se extiende el delta propiamente dicho, pasamos una sucesión de marjales y lagunas con muy escasas habitaciones, densos cañaverales y una multitud de palmípedas. A medida que se avanza hacia el Mar Negro, ambas orillas van tomando este mismo aspecto y antes de llegar a la boca pasamos por un canal transversal al brazo de Sulina, el intermedio de los tres, por el que discurre la navegación que procede del mar. En un momento dado este canal desemboca en una amplia laguna que parece constituir el paraíso de las aves acuáticas, dado el número y variedad de las que en él se encuentran, entre las que destacaba una cuantiosa colonia de pelícanos. Siguiendo este brazo, de orillas mucho menos pobladas que el anterior y con el aspecto característico del delta, volvimos a Tulcea.

Durante este viaje había aumentado la convivencia con nuestros acompañantes, los cuales iban hablando con más libertad; durante el trayecto almorzamos a bordo y la comida y la bebida, aun sin excesos, desataron todavía más la franqueza en la conversación. Destacaba en ella un cierto orgullo por la muy relativa independencia en que se desarrollaban sus relaciones con los rusos, la cual se expresaba principalmente por chistes más o menos sangrientos y graciosos; realmente y en los días que llevábamos de estancia allí y en el que aún había de seguirles, no vimos, al menos de un modo ostensible, ningún soldado de la Unión Soviética.

No es difícil de explicar esa malevolencia, que por otra parte es común a todos los países que en algún momento han sido ocupados por los soldados del Ejército Rojo. Me contaron que terminada la Segunda Guerra Mundial, al llegar las negociaciones de paz, Rusia exigió de Rumania, aliada suya en el momento, la cesión de la parte de la Bucovina, al norte del Pruth; en Bucarest, el gobierno comunista de entonces, replicó que puesto que esa cesión se pedía a título de indemnización por los gastos de guerra ocasionados por la liberación de Rumania, deseaban saber el monto a que los mismos ascendían, en la seguridad de que podrían conseguir de los occidentales la suma necesaria para evitar el despojo. Fue inútil cualquier gestión de ese tipo, puesto que los soviéticos pusieron de manifiesto en su actitud que lo que les interesaba realmente era el territorio. La Bucovina quedó así dividida y con ello muchas familias que vivían a una y otra orilla del Pruth; si hoy quieren verse, pueden hacerlo mediante un viaje que pasa forzosamente por Moscú, y dada la molestia y el gasto que ello supone, el sistema de comunicación actual es acercarse a las orillas del río para

de una a otra cambiar impresiones, mostrar el crecimiento de los hijos y comunicarse en cierto modo, con toda la tristeza que ello supone.

Vueltos a Tulcea, tomamos de nuevo el avión dirigiéndonos directamente al aeropuerto de Bucarest. Sin entrar en la capital, allí mismo nos recogieron unos automóviles que nos trasladaron a Snagov, unos 25 kilómetros al norte de aquélla. Pueblo desviado de la carretera principal, a orillas de un lago, en paraje encantador, está compuesto de pequeñas mansiones y una especie de gran falansterio; a él acuden los jerarcas comunistas para disfrutar de pequeños períodos de vacaciones. Fuimos alojados en esas casitas, en general amuebladas modestamente, y empleamos el resto de la tarde recorriendo los alrededores y enterándonos de las particularidades del establecimiento. Como hemos dicho, allí acuden los altos cargos del Partido acompañados por sus esposas u otra compañía femenina; los más importantes son alojados en esas villas y los de menor categoría van a parar a las instalaciones comunales.

A la caída de la tarde nos retiramos a nuestra morada, en la cual íbamos a cenar en privado, pero un momento antes de hacerlo se me acercó Loghin para decirme que al día siguiente el Presidente Ceausescu nos invitaba a almorzar a mi mujer y a mí. Preventivamente, le dije que antes de contestar me agradaría conocer quiénes iban a ser los comensales, a lo que él me respondió que lo ignoraba pero trataría de averiguarlo. En el momento de sentarnos a la mesa me dijo que sólo participaríamos en el ágape el Presidente y su esposa, la mía y yo, ante lo cual le signifiqué que con mucho gusto haría honor a la invitación.

A la mañana siguiente, ya primero de junio, realizamos una rápida excursión a Bucarest, que hasta entonces no habíamos podido ver. Ibamos, como siempre, acompañados del séquito que encabezaba el ministro Giorghiu, en el que figuraba Loghin y otros *aparatchik* y nos dirigimos en primer lugar a la sede de la Academia de Ciencias Sociales y Políticas que está situada en un antiguo palacete y aderezada muy simplemente, por ejemplo, colocando viejos armarios para condenar puertas no necesarias. Allí quiso su presidente entregarme un ejemplar de una obra suya traducida y publicada por la Editora Nacional de Madrid, pero no encontró ninguno disponible.

A continuación hicimos un recorrido en coche por los principales bulevares de la capital, extraordinariamente *belle époque* y que por ello y por la actitud de la gente que cruzamos, ofrecía un aire más bien melancólico. Sólo quiero destacar tres puntos. Durante ese recorrido entramos un momento en el Gradina Cismigiu, un bello parque colmado de macizos de rosas y otras flores y con un estanque central en el que se movían varios botes ligeros. A lo largo de sus avenidas se alineaban sillas de hierro, en las que estaba sentado, tomando el sol, un público de aspecto más bien taciturno; difícilmente olvidaré la mirada

de odio que derramó sobre nuestro grupo un caballero de cierta edad, con un cuidado bigote, correctamente vestido aunque con ropas más bien raídas, sentado muy derecho apoyado en un bastón y con cierta arrogancia en su porte, todo lo cual le daba el aire de un antiguo oficial.

Pasamos, durante nuestro recorrido, por delante de un edificio de arquitectura típicamente soviética, al estilo de muchos que se ven en fotografías de Moscú, un bloque rectangular monótono, coronado por otro cuerpo sobre el que se yergue una aguja más elevada. Entendí que era un regalo de la U.R.S.S. con destino a un centro universitario, pero su empleo actual es más modesto y creo que en él están ubicadas dependencias del Estado con finalidades de impresión y particularmente la redacción del periódico oficial del Partido Comunista Rumano "Scienteia" (Chispa, como su correspondiente Iskra ruso).

El final de nuestra visita relámpago a la capital rumana fue al llamado Museo del Pueblo, situado también en otro parque (Gradina) Herastrau, sumamente interesante y pintoresco, integrado por construcciones (iglesias, moradas, edificios) de leños, desmontadas en sus lugares de origen para ser reconstruidas aquí y que muestran la gracia ingenua que acompaña siempre a todo aquello que es de genuina inspiración popular. En algunas se exhiben y venden muestras de artesanía folclórica, principalmente, y ropas lindamente bordadas.

Ya con el tiempo muy justo, retornamos a Snagov y tras una breve escala en nuestra prestada casa, continuamos hasta la residencia del Presidente Ceausescu, situada también en este lugar de retiro. Acudieron a recibirnos a la entrada él mismo y su esposa Elena, que aún no ocupaba entonces cargos políticos tan importantes como los que le han sido confiados más tarde. Tras un breve intercambio de cortesías intrascendentes, nos dividimos en dos grupos: mi mujer con la del Presidente y una muchacha muy agradable, que iba a servirles de intérprete participando también en el almuerzo, se quedaron en un porche de la fachada posterior de la casa, dando al jardín; el Presidente, con el ministro Minhai Ghiorghiu, que también nos acompañaba, me llevaron consigo a dar una vuelta por la huerta.

Esta era espléndida, llena de frutales y hortalizas, muy extensa y bien regada, mostraba el tren de vida del Jefe del Estado rumano. Largo rato paseamos por ella sosteniendo un diálogo de fue, al menos por mi parte, muy sincero, sin dejar por ello de ser urbano. Era curiosa la forma de entendernos; aunque estoy convencido de que el Presidente Ceausescu al menos comprendía bastante bien el francés, él hablaba en rumano —lo cual me daba una leve idea del asunto, a pesar de la diferencia, no tan escasa, entre el rumano y el español—, Ghiorghiu me traducía lo dicho, yo le contestaba en francés y ello era traducido por el Profesor, con lo que se daba una ligera ventaja, en el diálogo, a Ceausescu.

La conversación tuvo dos partes: la primera fue una especie de autoapología para presentarse a sí mismo como una persona de cierto talante liberal. Me dijo, por ejemplo, que el actual Estado rumano sentía una profunda gratitud al último rey, Miguel, que no había querido hacer demasiado difíciles y costosas las operaciones del cambio de régimen que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Algo análogo me comentó con respecto a los miembros pasados y actuales del Ejército rumano: según él, aquéllos tienen permanentemente el derecho de vestir el uniforme de la época que estuvieron en activo y todos el de participar en las ceremonias militares, incluso los desfiles, en todos los cuales tienen un puesto especial reservado.

Queriendo mostrarme una cierta apertura hacia los asuntos religiosos, me dijo que en la Asamblea Nacional tenían representación todos los grupos de creyentes que me detalló en el orden siguiente: primero la ortodoxia, en segundo lugar los católicos (no sé si se refería a la Iglesia unniata, ortodoxos católicos, que habían sido tradicionalmente maltratados), a continuación los protestantes, después los judíos y, por último, los mahometanos de los que existía una pequeña minoría en la región de la Dobrudja. A estos representantes se sometían las leyes preparadas para la sesión legislativa, con objeto de que señalaran los posibles atentados que pudieran contener contra sus creencias, con objeto de que fueran revisadas antes de someterlas al pleno, dando satisfacción, en lo posible, a esos reparos. Como mi cometido allí no era el discutir con el Secretario General del Partido Comunista Rumano todos estos asuntos, le oí con cortesía lo que prácticamente resultó un soliloquio, agradeciéndole la información que me proporcionaba.

La segunda parte de la conversación, en la que al fin abordó los temas que sin duda se proponía desde el anuncio de Madrid, fueron, en realidad, tres puntos diferentes y los fue tocando sucesivamente. Después de un exordio, encareciendo la necesidad en que estaba España de introducir ciertos cambios, se refirió al papel que para ello podría jugar el Ejército. Ahí yo le repliqué que, indudablemente, en la historia reciente el Ejército español había desempeñado una función muy importante y que llevó, primordialmente, al establecimiento de gobiernos constitucionales en España, pero que mi opinión era que los resultados no se consideraban por las Fuerzas Armadas como muy satisfactorios y, sobre todo, que la sociedad civil no había correspondido a esos esfuerzos dedicando respeto y consideración a sus soldados, por lo cual éstos se sentían decepcionados, y creía yo que en ningún caso estaban dispuestos a hacer nada que pudiera contribuir a un cambio político.

Pasó entonces al segundo extremo y me dijo que dada mi posición en el Estado español y la autoridad que podía ejercer, tal vez pudiera yo tener un

papel esencial en ese necesario cambio (o sea, el “tú serás rey” de las brujas de Macbeth). Mi respuesta fue terminante: para eso, hubiera hecho falta en primer lugar que yo tuviera ambiciones y realmente era un hombre desprovisto de ellas, que había llegado a su puesto actual sin intriga alguna, sin desearlo especialmente y más bien movido por un sentido del deber; yo era un soldado leal y disciplinado, que en ningún caso aprovecharía las facultades, por otra parte muy reducidas, del puesto que se me había confiado, para desde él maniobrar en contra precisamente del que lo había hecho.

Por último, planteó el Presidente la tercera cuestión que, casi literalmente, venía a decir que si el General Franco hiciera un gran gesto de clemencia que permitiera a sus amigos (de Ceaucescu), Dolores y Santiago, regresar a España y continuar allí sus vidas, pasaría a la historia como una figura magnánima. A lo que respondí que, hiciera lo que hiciera, el Generalísimo estaba ya en la historia y que, por otra parte, en lo que se refería, en general, a los exiliados, habían venido publicándose últimamente una serie de disposiciones que, progresivamente, permitían el regreso a España de una crecida cantidad de los mismos, pero que, entre ellos, algunos exigían que este retorno se hiciera en sus propios términos, y esto, aparte de escasamente racional, no sería posible conseguirlo en ningún caso. Con esto dio fin la conversación, que había sido bastante larga debido al proceso de traducción mutua y a los largos paseos que habíamos dado a través de la feraz huerta a que ya me he referido.

Para mí no tenía duda que todo lo tratado procedía de una mala interpretación comparativa de la Revolución portuguesa llamada “de los claveles”. Sin duda, el Secretario General del entonces ilegal Partido Comunista Español, Santiago Carrillo, habría interpretado *pro domo sua* las noticias que circulaban sobre la naciente agitación de los oficiales que luego constituyeron la U. M. D. y el cuento de los monóculos que, se decía, estaba yo recibiendo, dándole la falsa idea de que existía alguna posibilidad en el sentido por él deseado. Se había apresurado a ponerlo en conocimiento de su íntimo amigo Nicolás Ceaucescu, el cual había llevado adelante el gesto audaz de invitarme a una entrevista para sondearme, aunque, a su modo, procurase no comprometerme demasiado. Como se trataba de persona que, aun sin una preparación profunda, posee dotes notables de inteligencia natural y de astucia, cayó inmediatamente en la cuenta del resbalón a que sus amigos le habían conducido y, dejando a un lado esa cuestión, formuló la petición última en obsequio de éstos, que tendría como objeto principal favorecer el regreso aquí del Secretario General del P. C. E. para que pudiera desarrollar más fácilmente sus manejos.

Regresamos junto a las señoras que, por lo visto, habían entretenido este tiempo, pasando de unos asuntos a otros, hablando de lugares en los que, en

Rumania y en España, habían ocurrido sucesos señalados como milagrosos. Se sirvió, seguidamente, un aperitivo en el que llamaba la atención que, por primera vez desde nuestra estancia en este país, se ofrecían, en lugar de la *tzuica* habitual, bebidas de las normales en occidente, principalmente con la ginebra como componente, aunque entre ellas no figurase el whisky. Las señoras, a través de su amable intérprete, nos comentaron los términos de su diálogo. Al parecer, Conchita mencionó el Cristo de la Vega de Toledo, mientras que la señora Ceaucescu se refirió a un monasterio, en Curtea de Argés (Corte de Argés), una de las ciudades del país, en la que habría ocurrido uno de esos acontecimientos portentosos.

El Presidente me preguntó si conocía el lugar, y al contestarle negativamente hizo llamar a un general, que supongo sería el jefe de su gabinete militar, al que encargó estuviese preparado un helicóptero para transportarnos allí, una vez transcurrida la comida. No dejó de llamarme la atención el “prusianismo” y la diligencia con que ese oficial se presentó, recibió la orden y se retiró para cumplimentarla. El almuerzo transcurrió normalmente, con comentarios de las regiones que habíamos visitado y sin que ni durante ni después de él volviera a suscitarse cuestión alguna importante.

Acabada la sobremesa, el matrimonio Ceaucescu salió a despedirnos hasta la puerta y, en ese momento, un fotógrafo que se encontraba preparado me pidió permiso para tomar una fotografía. Como yo estaba allí autorizado y teóricamente realizando un viaje de turismo, no vi inconveniente alguno en ello. Al día siguiente era reproducida en primera página del periódico oficial “Scinteia”, debajo de la noticia de una visita del presidente del “Manufacturers Hanover Trust” norteamericano y otra de los miembros estadounidenses de un consejo rumano-americano, para promover las relaciones económicas entre los dos países; el pie de la fotografía es extraordinariamente correcto y, aunque menciona mi grado militar, no habla del puesto que desempeñaba, citándome sólo como miembro de la Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, señalando que realizábamos una visita turística al país.

Siempre acompañados por el Ministro Mhinea Ghiorgheu, embarcamos en el helicóptero dirigiéndonos a la población señalada, que en la antigüedad, de aquí su nombre, había sido Corte de Rumania. Tomamos tierra en las inmediaciones de su Monasterio, ante el cual, con una representación de la comunidad, nos esperaba el Archimandrita que, cosa también notable, ofreció a mi mujer un ramo de flores. Tras recorrer el convento, de grandes dimensiones, en el que se preparaban seminaristas en número que ya no recuerdo, pero que me pareció muy crecido en comparación del usual entonces en España, fuimos obsequiados con un refresco en la forma habitual. A continuación, nos dirigimos a visitar,

muy someramente, la iglesia de la Corte, de pequeñas dimensiones y con algunos frescos medievales, obligándonos la premura del tiempo, pues empezaba ya a caer la tarde, a regresar seguidamente a Bucarest. Hicimos una escala muy breve en Pitesti, donde recordaron había jugado un notable partido de fútbol el Real Madrid, y recorrimos en coche, muy de pasada, las calles principales. En el punto de aterrizaje, que era precisamente el campo en que se había disputado el referido encuentro, mi acompañante me dijo algo, medio sibilino, en lo que yo creí comprender una invitación a celebrar una entrevista con una personalidad española, que supuse era Carrillo, una vez llegados a Bucarest. La rápida caída de la tarde me proporcionó una buena salida, diciéndole que sería ya hora muy avanzada después de un día por demás trabajoso y en vísperas de viaje, respondiéndome Ghiorghiu que tal vez sería mejor dejarlo para otra ocasión, a lo que yo asentí complacido. Llegados a Bucarest nos trasladamos de nuevo en coche, y ya de noche, a Snagov y al día siguiente, muy temprano, partimos de Ottopeni, el aeropuerto de la capital, para regresar a Madrid.

Como habrá podido advertirse en toda la narración del viaje, nuestro grupo permaneció todo ese tiempo en una especie de extrañamiento, siempre rodeados de personas pertenecientes al “aparato”, viviendo en lugares propios del Partido, sin tener a mano nunca un teléfono y, por tanto, sin posibilidad ninguna de comunicación exterior. Hasta se nos dijo, y creo era verdad, que el representante oficioso de España estaba muy enfermo y era inútil tratar de comunicar con él. Pero, por indicios, alguno de los cuales he ido detallando en lo hasta aquí dicho, pudimos tener una idea general de cómo era la vida en la Rumania que visitamos.

A pesar de las pretensiones de liberalización que se me habían expuesto y de la indudable situación especial de Rumania frente a Rusia dentro del mundo del “telón de acero”, un régimen genuinamente comunista y particularmente duro, pesaba sobre la población del país, una población que se gloría de su origen latino, derivado de Trajano, aún su héroe epónimo, y cuyos buenos modales patentizaban su educación, la cual no parecía con aquéllo demasiado satisfecha. La vida del común de los mortales era dura y se disponía de muy escasa cantidad de bienes de consumo ordinarios.

En Pitesti, por ejemplo, se había desarrollado un complejo industrial y lo mismo creo que ocurría en otros lugares, lo cual representaba un adelanto en un país que había sido predominantemente agrario, pero, al parecer, esta tradicional fuente de riqueza se resentía de la aplicación de métodos usuales en los países comunistas y que en ninguno de ellos han sido capaces de fomentar la agricultura. El recurso principal seguía siendo tal vez el petróleo, pero creo que sabiamente, lo reservaban como principal moneda de cambio para los true-

ques con el exterior; la gasolina estaba racionada y, aunque la circulación de automóviles era libre dentro de los límites de cada uno de los distritos del país, era necesaria, sin embargo, una licencia especial para poder pasar de uno a otro.

A mi regreso a Madrid no estaba aquí el Presidente Arias, quien acompañaba al Jefe del Estado en una de sus habituales excursiones piscatorias. El martes o miércoles de esa semana celebró una reunión la Comisión de Asuntos Exteriores de las Cortes, a la que asistí. Algunos procuradores, entre los que recuerdo concretamente a D. Raimundo Fernández Cuesta, me preguntaron acerca de los fines y desarrollo de mi viaje, dando a todos ellos cuenta de aquello que me pareció divulgable. También en estos días llegaron a mi conocimiento rumores de la circulación de un número de cartas dirigidas por generales “azules” y conocí, concretamente, la suscrita por el general Pérez Viñeta, dirigida al Ministro del Ejército, abundante en términos como *intolerable* y consideraciones de escandaloso, para prejuzgar lo que ignoraba.

Por fin, el jueves, 6, víspera de un viaje oficial a Túnez, fui recibido por D. Carlos Arias, que había adelantado su regreso desde Asturias, donde continuaba el General Franco. Le puse al corriente de lo acaecido en mi visita a Ceausescu, omitiendo sólo la evocación de las brujas de Macbeth, asunto que reservaba para el Jefe del Estado; me confirmó la autorización para emprender el viaje del día siguiente y hablamos muy ligeramente de su estancia al lado del Generalísimo. Me dijo que casi no habían hablado de nada y se mostró preocupado por el decaimiento de su mente, citándome su preocupación obsesivamente pudibunda, que le llevaba a señalarle como muy peligroso cualquier anuncio de prendas exteriores de punto femeninas más o menos ceñidas. Ni una sola palabra que rozara el asunto de la destitución que inopinadamente iba a caer sobre mí en Túnez, sólo dos días más tarde, prácticamente aherrojado en el extrañamiento.